

—el real tañedor de flauta que nuestros lectores recordarán,—pidió auxilio á Pompeyo para volver á sus Estados, que se habian sublevado, Pompeyo le mandó á Gabinio, su hombre de negocios.

Ptolomeo ofreció á Gabinio diez mil talentos (una cosa así como diez millones y medio de pesos.) La cantidad era bonita y tentó prodigiosamente á Gabinio.

Sin embargo, como la mayor parte de los oficiales suponian que al par de aquellas ventajas de dinero ofrecia la empresa grandes peligros, el general titubeaba; pero Antonio, que sin duda habia recibido de Ptolomeo alguna gratificacion,—trescientos ó cuatrocientos mil pesos,—instó de tal modo á Gabinio, que al fin este se decidió, con la condicion de que Antonio mandaria la vanguardia.

Aquello era precisamente lo que el jóven teniente,—tenia entonces 28 años,—ganoso de arriesgadas empresas, ansiaba con mas afan.

Así, pues, aceptó sin titubear.

XXV

Se temia mucho el camino que era preciso seguir para llegar á Pelusa, la primera ciudad de Egipto que se encuentra al venir de Siria.

Habia que atravesar todo el desierto que se estiende hoy desde Jafa hasta El-Arich; ademas unos terribles pantanos formados por una especie de lago de fango llamado el lago Serbonide.

Los egipcios, partidarios de lo maravilloso, llamaban á aquellos pantanos el respiradero de Typhon; los romanos, mas amantes de la realidad, decian que procedian del mar Rojo, que, despues de haber atravesado por debajo de tierra la parte mas angosta del istmo, volvia á aparecer en aquel punto, yendo á desaguar en el Mediterráneo.

Esos pantanos existen aun hoy y se estienden desde Roseta hasta Baz-Burloz.

Antonio tomó la delantera y se apoderó de Pelusa, aseguró los caminos y preparó el paso al ejército.

Detras de él entró en Pelusa Ptolomeo.

Como era la primera ciudad de sus Estados que conquistaba, quiso hacer en ella un castigo ejemplar y mandó degollar á los habitantes; pero Antonio, como todos los hombres valientes y pródigos, tenía buen corazon y le repugnaba el asesinato; así, pues, tomó bajo su amparo, no solo á los habitantes de la ciudad, sino tambien á las tropas que la guarnecian, sin que tuviera lugar ninguna ejecucion.

Poco despues entró Ptolomeo en Alejandría, donde Antonio dió nuevas pruebas de humanidad que le conquistaron el afecto de sus habitantes.

Una de las que mas honor le hicieron fué la siguiente:

Habia sido huésped y amigo de Arquelao. Pero, como suele suceder en las guerras civiles, llegaron á hallarse en opuestos campos, y un dia los dos antiguos compañeros tuvieron que combatir uno contra otro.

Arquelao fué derrotado y muerto.

Cuando Antonio supo le último, mandó buscar su cuerpo entre los cadáveres, y, una vez hallado, le hizo hacer magníficos funerales.

Aquella piedad le granjeó el aprecio, no solo de

los habitantes de Alejandría, sino tambien de los mismos romanos que peleaban á sus órdenes, de modo que volvió á su patria con cierta popularidad.

Era precisamente la época en que Roma estaba dividida en dos facciones: la de los nobles, que tenían á su frente á Pompeyo, y la del pueblo, que hacia seña á César para que volviese de las Galias.

Ya, hemos dicho que Antonio era amigo de Curion y que este tenía gran influjo con el pueblo. Aquel influjo fué mucho mayor cuando César hubo mandado tres millones de pesos á Curion y un millon y seiscientos mil á Antonio.

Se empleó una parte de aquel dinero en hacer nombrar á Antonio tribuno del pueblo. Sin duda se puso en planta el mismo subterfugio que cuando se trató de nombrar á Clodio; pero el caso es que fué nombrado.

Ademas, Plutarco refiere cómo se hacian aquellas cosas:

“Los que solicitaban los cargos públicos, dice, ponian en medio de la plaza mesas llenas de oro y plata, corrompiendo descaradamente las masas á precio de dinero, y entonces el pueblo combatia por el que habia pagado, no solo con su voto, sino tambien con arcos y con hondas.

“Frecuentemente tenían que alejarse de la tribuna, por estar manchada de sangre y rodeada de ca-

dáveres, y la ciudad se veía sumida en la anarquía.”

Algun tiempo despues de haber sido nombrado Antonio tribuno del pueblo, fué asociado al colegio de los augures.

Así, pues, al comprarlo César, compraba á la vez al pueblo y á los dioses.

Ya hemos visto cómo el Senado habia negado á César la próroga de su gobierno, y como uno de sus oficiales habia dicho, pegando en la empuñadura de la espada.

—Esta se la dará.

Quedaba aún sin embargo en Roma un hombre muy importante para César; era Paulo, que habia construir la magnífica basílica que reemplazó á la de Fulvia.

Los gastos de aquella obra lo tenían algo apurado.

César le mandó un millon cuatrocientos mil pesos como un auxilio, y Paulo le hizo decir que podia contar con él.

El Senado decidió que César no podia solicitar el consulado sin ir á Roma.

Entonces Curion propuso lo siguiente:

Dijo que César estaba pronto á ir á Roma solo y sin ejército siempre que Pompeyo se quedase allí solo y sin ejército tambien. Si Pompeyo se empeñaba

en conservar sus tropas, César pedia ir á Roma con las suyas.

Pero Curion hacia hincapié en el licenciamiento de los dos ejércitos, diciendo que César no se juzgaba superior á nadie, y que creia que era mejor para la República que él y Pompeyo se hallasen frente á frente como dos simples particulares y no como dos generales. Así, esperarían ambos, cada uno por su lado, los honores que sus conciudadanos tuviesen á bien concederles.

El cónsul Marcelo contestó á Curion, y al haerlo trató á César de bandido, añadiendo que si no deponia las armas era preciso tratarlo como enemigo público.

Pero entonces Curion se vió sostenido por Antonio, por Paulo, el segundo cónsul, y por Pison, y pidió al Senado un voto visible, esto es, que los senadores que quisiesen que César depusiese las armas y que Pompeyo continuase ejerciendo su mando, pasasen todos al mismo lado de la sala.

Era una cosa que se parecía bastante á nuestras votaciones sentándose y levantándose.

La mayor parte de los senadores, ó casi todos, mejor dicho, pasaron al lado de la sala indicada por Curion.

El tribuno pidió la contraprueba, esto es, que los

que eran de parecer que Pompeyo y César depusiesen las armas á la vez, pasasen al otro lado.

Solo veintidos senadores permanecieron fieles á Pompeyo.

Durante aquellas dos votaciones Antonio habia bajado al Forum y contado al pueblo lo que pasaba en el Senado, reanimando su entusiasmo por César.

El resultado fué, que cuando Curion bajó á su vez, anunciando la victoria que acababa de alcanzar en la cuestion del desarme, le esperaba allí un triunfo.

Le echaron coronas como á un atleta victorioso y lo acompañaron hasta su casa con grandes gritos.

Antonio, entonces, empezó á moverse. Aprovechó aquel momento de entusiasmo del pueblo hácia César, é hizo decretar que el ejército que estaba reunido fuese enviado á Siria para reforzar el de Bíbulo, empeñado en la guerra contra los partos.

Dado aquel decreto, Antonio subió al Senado y pidió leer una carta que habia recibido de César.

Pero los senadores habian cambiado ya de modo de pensar, instigados por Marcelo.

Este se opuso á que Antonio leyese la carta de César.

Antonio la leyó, sin embargo, pero en medio de un gran ruido, de modo que nadie la oyó.

Entonces volvió á bajar al Forum, y se la leyó á pueblo.

Durante aquel tiempo, Escipion, suegro de Pompeyo, hacia decretar, que si en un dia determinado no deponia César las armas, seria considerado enemigo público y tratado como tal.

Aquello, sin embargo, no pareció aún bastante á Léntulo, y exclamó:

—Contra un bandido como César, no son decretos los que se necesitan, sino armas.

Luego, empleando una metáfora:

—Veo, dijo, diez legiones que descenden de los Alpes y avanzan hácia Roma. Ciudadanos, vistámonos de luto.

Y el Senado decidió que Roma se vistiese así.—Escelente Senado!

Y Roma se vistió de luto.—Pobre Roma!

XXVI

En medio de aquellos acontecimientos habian llegado cartas de César.

Hacia nuevas proposiciones;—pues preciso es convenir que en todo aquel asunto se portó con la mayor moderacion.—Ofrecia abandonarlo todo con tal de que le dejasen el mando de la Galia Cisalpina y de la Iliria, con dos legiones, hasta que hubiese obtenido un segundo consulado.

Pompeyo rehusó dejarle las legiones, las cuales hacian unos veinte mil hombres.

Ciceron llegaba entonces de Cilicia. Deseaba la paz sobre todas las cosas y suplicó á Pompeyo que no fuese tan duro con César, pues la demasiada dureza podia impelerlo á una estremidad.

¶ Pero Pompeyo contestó que aquello era lo que él deseaba, y que así acabaria mas pronto con César.

Ciceron le recordó los decretos del pueblo, el envío del ejército á Siria y la prohibicion que tenian los ciudadanos de servir á sus órdenes.

—¿Con qué combatireis á César? le preguntó.

—Bah! contestó Pompeyo, no tendré mas que dar una patada en el suelo, y saldrán de él soldados.

Ciceron consiguió que Pompeyo accediese á lo que pedian los amigos de César, el cual estaba dispuesto á hacer una nueva concesion.

En lugar de quedarse con dos legiones, César se contentaba con seis mil hombres.

—Proponedlo en seguida al Senado, dijo Ciceron á Antonio; Pompeyo consiente en ello.

Antonio corrió al Senado é hizo la proposicion.

Pero el cónsul Léntulo la rehusó rotandamente y espulsó del Senado á Antonio y Curion.

Antonio salió llenando de imprecaciones á los senadores: despues, creyendo que habia llegado el momento de que César arriesgase el todo por el todo, entró en su casa, se disfrazó de esclavo, determinó á Curion y á Quinto Casio á que hiciesen lo mismo, y los tres, tomando un carruaje de alquiler, salieron de Roma para ir á ver á César y contarle lo que pasaba.

César estaba en Ravena, donde solo tenia consigo la décimatercia legion, cuando llegaron los tribunos.

Estaba léjos de esperar tal golpe de suerte. Ya

tenía en su favor la fuerza, casi el derecho, y Curion, Antonio y Quinto Casio le llevaban la legalidad.

Desde tan lejos como pudo percibir las tropas Antonio, se puso á gritar:

—Soldados! Somos los tribunos del pueblo, arrojados de Roma. Allí ya no hay orden; los tribunos no tienen libertad de hablar; nos han expulsado porque éramos partidarios de la justicia, y henos aquí.

César corrió á su encuentro. Recibió á Curion, á Antonio y á Casio con los brazos abiertos, y en seguida les dió mandos en el ejército.

Solo esperaba aquella ocasion para vengarse de los insultos y los ultrajes que desde hacia seis meses le hacían beber á copa llena.

Añádase á todo lo que hemos referido que Marcelo y Léntulo habian privado del derecho de ciudad á los habitantes de Neocomo, que César habia establecido hacia poco en las Galias. Además habian hecho azotar con varas á uno de los senadores, y como al menos deséase saber la causa de aquel ultraje, Marcelo le contestó que no necesitaba más que su voluntad y que los que estuviesen descontentos de él y de Roma que fuesen á quejarse á César.

La copa rebosaba.

Era Bonaparte en Egipto, insultado todos los dias por el Directorio.

Nada falta á la comparacion; ni siquiera Pompeyo.

El Pompeyo frances se llamaba Moreau.

Lo que habia, pues, que hacer era no perder un momento.

César no tiene consigo mas que cinco mil infantes y trescientos ginetes. Pero cuenta con los soldados que enviarán contra él y que han servido á sus órdenes, con los veteranos á quienes ha dado licencia temporal para ir á votar á Roma y con las dos legiones que ha mandado á Pompeyo, cada uno de cuyos soldados ha recibido de su mano, al partir, ciento cincuenta dracmas.

Además de todo eso, cuenta con su fortuna.

Empezará por apoderarse de Ariminum, ciudad considerable de la Galia Cisalpina, si bien causando el menor ruido y derramando la menos sangre posible.

César, pues, manda á sus capitanes y soldados no tomar mas que las espadas. Después entrega el mando del ejército á Hortensio, pasa el dia viendo combatir á unos gladiadores y poco antes de la noche toma un baño y en seguida entra en el comedor. Allí permanece algun tiempo con las personas que ha convidado á su mesa y luego se levanta, in-

vitando á sus comensales á continuar como si él se hallase allí, prometiéndoles volver en breve. Sale, coje un carruaje de alquiler y toma un camino diferente del que debia seguir. Pero los hachones que lo alumbran se apagan, se estravía, anda errante toda la noche y no encuentra un guía hasta el amanecer.—Entonces se reune con sus capitanes y soldados en el punto en que les habia dado la cita; se dirige con ellos á Ariminium y se halla en frente del Rubicon, pequeño arroyo, angosto curso de agua, ilustre hoy cual los mayores rios, y el cual separaba la Galia Cisalpina de la Italia propiamente dicha.

Manucio pretende haber leído allí la inscripcion siguiente:

“Mas allá de este rio Rubicon, que nadie haga pasar banderas, armas ni soldados.”

En efecto, César, imperátor en una de sus orillas, no era en la otra sino un rebelde.

Así fué que se detuvo allí ante el número y la grandeza de los pensamientos que asaltaron su espíritu.

Inmóvil en el mismo sitio, consideró detenidamente una tras otra las diferentes resoluciones que se le ocurrian, pesando en la balanza de su esperiencia y su sabiduría los partidos contrarios; llamó á sus amigos, entre ellos á Asinio Pollion, y les representó los males que el paso de aquel rio iba á traer tras

sí; luego, en alta voz, como un hombre que tiene derecho para pedirle cuenta anticipada de sus fallos, interrogó á la posteridad sobre el juicio que respecto á él llegaría á formar.

¿Representaba una comedia ú obraba de buena fé?

Una especie de prodigio, preparado sin duda por él, puso fin á sus dudas.

En el momento en que, despues de haber consultado á sus amigos, consultaba á sus soldados, diciéndoles;

—Camaradas! aun es tiempo de volver atras, pues si atravesamos ese rio el resto será obra del acero!

En ese momento, decimos, un hombre de estatura extraordinaria apareció en la orilla en que él se hallaba, tocando una flauta.

Los soldados, admirados, se acercaron al gigante.

Entre los soldados estaba un trompeta.

El hombre misterioso arroja entonces la flauta, coje el clarin, se lo lleva á la boca, se lanza al rio tocándolo con toda su fuerza y llega al otro lado.

—Vamos, dice César, adonde nos llaman la voz de los dioses y la injusticia de los hombres. *Alea jacta est!* [Palabra por palabra: *El dado está echado!*]

Plutarco le hace decir la siguiente frase en griego.

¡Qué el dado sea echado!

En fin, segun Appiano, dijo:

“Ha llegado el momento de permanecer á este lado del Rubicon para desgracia mia, ó de pasarlo para desgracia del mundo.”

César no dijo una palabra de eso y ni siquiera nombró el Rubicon.

Como quiera que sea, de cualquier modo que haya dicho la frase que se ha hecho proverbial, ó no haya dicho nada absolutamente, lo cierto es, que, segun manifiesta Tito Livio: “César marchó contra el universo con cinco mil hombres y trescientos caballos.”

XXVII

Al dia siguiente, antes de amanecer, era César dueño de Ariminium [Rimini.]

Aquella noticia pareció volar desde las orillas del Rubicon en alas de un águila y cayó no solo sobre Roma sino sobre toda Italia.

César pasando el Rubicon y marchando sobre Roma era la guerra civil.

Ahora bien, ¿qué era la guerra civil para los romanos?

Era la desolacion en todas las familias, la muerte entrando en todas las casas, la sangre corriendo por todas las calles; era Mario; era Sila.

¿Quién podia adivinar lo inadivinable? ¿quién podia prever un vencedor clemente? Era una cosa desconocida, inaudita, nunca vista?

Las guerras anteriores habian hecho á aquella un prospecto espantoso.

Así entonces no sucedía lo que en las otras guerras, que el terror encerraba á las gentes en sus casas. No; el terror lanzaba á los ciudadanos fuera de ellas. Se veían correr por toda Italia mujeres y hombres azorados. Las mismas ciudades parecían salir de sus cimientos para emprender la fuga y trasladarse de un punto á otro. Todo afluyó hácia Roma.

Esta se halló como inundada de un diluvio de pueblo que se refugiaba en ella de todos los puntos inmediatos, y cada individuo que llegaba se sentía poseído de una agitación tan violenta, que la tempestad de la calle, ese mar de los hombres, levantada en las enrucijadas y en las plazas, iba aumentando y subiendo sin cesar, al punto de no haber ya razón ni autoridad que pudiese contenerla:

Y cada hombre y cada mujer, mas y mas azorados, acudían gritando:

—Ahí viene César!

Y todas las bocas repetían:

—César! César! César!

¿Qué iban á buscar á Roma todos aquellos individuos, todas aquellas ciudades, todos aquellos pueblos?

El apoyo de Pompeyo.

El era el único que pudiese resistir al enemigo que se acercaba.

¿Qué recuerdo se conservaba de César?

El de un tribuno pródigo y faccioso que proponía y ejecutaba leyes agrarias.

¿Qué era Pompeyo?

El representante del orden, de la propiedad, de las buenas costumbres.

Pero Pompeyo había perdido la cabeza.

Como era preciso echar la culpa á alguno, el Senado se la echaba á él.

—Ese es, decía Catón, quien ha engrandecido á César contra sí mismo y contra la República.

—¿Por qué no aceptó las proposiciones tan razonables que César le hizo? decía Cicerón.

Favonio detuvo al procónsul en el Forum.

—¿Dónde están tus soldados? le preguntó.

—No los tengo, contestó Pompeyo desesperado.

—Entonces pega una patada en el suelo, puesto que así decías que harías salir de él legiones.

Sin embargo, Pompeyo tenía cuando menos cuatro veces tantas tropas como su contrario.

Pero, ¿cómo adivinar que César no tenía mas que cinco mil hombres?

En Roma circulaban los rumores mas estraños, así sobre el número de sus soldados como sobre la rapidez de su marcha.

Ademas, Pompeyo veía que el pueblo todo se inclinaba hácia César. La tierra temblaba, en cierto modo, bajo sus piés.

El pueblo es la tierra sobre que están asentados los gobiernos, y las revoluciones son sus terremotos.

Viendo que Pompeyo perdía la cabeza, el Senado gritó: *Sálvese el que pueda!* Y espidió una ley declarando traidor al que no huyera con él.

Caton juró no cortarse el pelo ni la barba, ni ponerse corona en la cabeza, mientras no se castigase á César y la República se hallase fuera de peligro.

Hizo otra cosa, que debió costarle mas aún: volvió á tomar, para que le cuidase sus hijos pequeños, á su mujer Marcia, "la cual, dice Plutarco, estaba viuda y poseía bienes considerables, pues Hortensio habia muerto y le habia instituido su heredera. Y eso es, añade el filósofo griego, lo que le echa en cara César. Le acusa de ser demasiado aficionado al dinero y de haber traficado con el matrimonio por intereses. "Pues, en fin, dice, si necesitaba una mujer, ¿á qué cederla á otro? Y si no la necesitaba, ¿á qué volverla á tomar? ¿O solo se la habia dado á Hortensio como un cebo, entregándosela jóven para recobrarla rica?"

Diablo de César! nada se ganaba con ser su enemigo. Si era Pompeyo, lo derrotaba. Si Caton, lo abrumaba á burlas.

Los cónsules á su vez abandonaron á Roma sin hacer á los dioses los sacrificios que era costumbre

cuando salían de la ciudad; tal era la prisa que tenían de huir.

Los senadores por su parte los siguieron ó los precedieron, llevándose cada uno los objetos mas preciosos que hallaba á mano.

Ciceron hace como los demas. Se lleva á su hijo y deja á su mujer y á su hija.

—Si hay saqueo, les grita al partir, poneos bajo la proteccion de Dolabela.

Despues les escribe:

Formio, Enero.

"Reflexionad bien, queridas almas mias, sobre el partido que hayais de tomar. No os decidais á la ligera: ese asunto es mas vuestro que mio. ¿Permanecereis en Roma? ¿Vendreis á reuniros conmigo en un lugar seguro?"

"Mis ideas sobre el particular son las siguientes: contando con Dolabela nada teneis que temer en Roma; y aun si se cometiesen escesos y llegase á haber saqueo, vuestra presencia ahí pudiera ser muy conveniente.

"Pero, ahora caigo en ello: todas las personas honradas han salido de Roma, llevándose consigo sus mujeres: en la region en que yo me hallo hay tantos pueblos que nos son adictos y tantas tierras que son nuestras, que podriais verme con frecuencia y dejar-

me cuando quisiérais, estando siempre en un terreno neutral. Verdaderamente no sé decir cuál de las dos cosas sería mejor. Ved lo que hacen las mujeres de vuestro rango; sobre todo, cuidado de no tardar demasiado en decidiros, esponiéndoos á no poder salir de Roma. Todo eso vale la pena de que lo penseis maduramente, consultando á vuestros amigos. Decid á Philotimo que ponga la casa en estado de defensa, teniendo en ella suficiente número de gente: despues tratad de buscar mensajeros seguros con quien mandarme todos los dias noticias vuestras; en fin, si os interesais por mi salud, cuidad la vuestra."

Ya hemos visto á Pompeyo huyendo, á los cónsules huyendo y al Senado huyendo; Caton huye, Ciceron huye, todo el mundo huye.

El pánico es universal.

"Era un espectáculo terrible, dice Plutarco, ver aquella ciudad abandonada, en medio de tan furiosa tempestad, como un buque sin piloto, flotando á la ventura en un mar de espanto y de terror."

Hasta el mismo Labieno, aquel teniente de César, por quien su gefe habia arriesgado la vida, abandonó el ejército de su protector y dió á huir con los romanos, uniéndose á Caton, á Ciceron y á Pompeyo,

Quien hubiese observado entonces los caminos de Italia á vista de pájaro hubiera creído que toda aquella poblacion azorada huia de la peste.

Un solo hecho dará idea del espanto que reinaba en Roma.

Habiendo ido el cónsul Léntulo á sacar una cantidad del tesoro secreto depositado en el templo de Saturno, oyó gritar en el momento que abria la puerta, que se veian ya los batidores de César, y huyó con tal rapidez que olvidó cerrarlo. Cuando despues se acusó á César de haber forzado la puerta del templo para sacar de él tres mil libras de oro,

—Por Júpiter, exclamó, que no tuve necesidad de forzarlo; el cónsul Léntulo me tomó tal miedo, que las dejó abiertas de par en par.